

85-C

450



FESTIVAL

PARA CONMEMORAR LA

Fiesta de la Raza

CELEBRADO EN EL

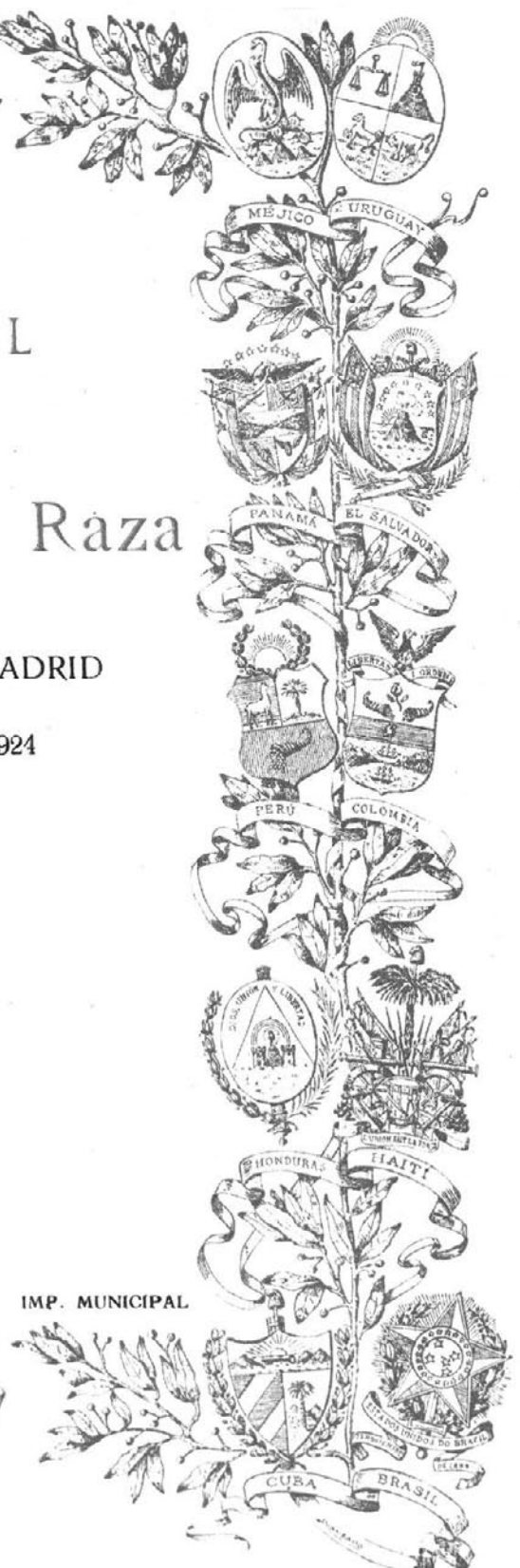
TEATRO REAL DE MADRID

el 12 de octubre de 1924



MADRID, 1925

IMP. MUNICIPAL



Festival celebrado en el Teatro Real de Madrid,
el día 12 de octubre de 1924, para solemnizar la

FIESTA DE LA RAZA



MADRID
IMPRESA MUNICIPAL
1925

Excmo. Sr. D. Juan de los Rios y Arce

Alcalde de la Real Audiencia de Madrid

ANEXO A LA LEY

ÍNDICE

	Páginas
Alocución del excelentísimo señor Alcalde Presidente al vecindario de Madrid.	7
Programa del festival.	9
Discurso del excelentísimo señor Alcalde Presidente.	11
<i>Amor</i> , poesía de D. Rafael Yepes Trujillo, leída por la señora Lola Membrives.	17
<i>A España</i> , poesía de D. Raúl Contreras, leída por el autor.	23
Discurso del Excmo. Sr. D. Enrique González Martínez, Ministro de Méjico.	27
Poesías de D. Eduardo Marquina, recitadas por la señorita Josefina Tapias.	33
<i>Épica Española</i> , poesía de D. Manuel Machado, leída por D. Samuel Crespo.	35
Discurso del Excmo. Sr. D. José Rodríguez Carracido, Rector de la Universidad Central.	37
Discurso del Ilmo. Sr. D. Hilario Crespo.	43
<i>Canto a España</i> , poesía de D. Demetrio Korsi (panameño).	55



1492-1924

Alocución del excelentísimo señor Alcalde Presidente al vecindario de Madrid

Madrileños:

Al conmemorar un año más el día glorioso del descubrimiento de América—la fecha más trascendental de nuestra Historia—cúpleme invitaros a que, con la cordialidad y efusión en vosotros características, os asociéis a nuestro esfuerzo, para celebrar la *Fiesta de la Raza*.

Recordar la empresa inmortal de aquel puñado de navegantes que, impulsados por la reciedumbre de Cristóbal Colón y alentados por la voluntad y el esfuerzo de Isabel la Católica, dieron a España los más espléndidos y valiosos territorios, es deber inexcusable de todo buen español. Pero el deber queda incumplido si en la evocación no rendimos a nuestra América, siempre querida, el homenaje ardiente de amor y veneración que fué impulso y sostén de la gesta sublime.

En el día ansiado de 12 de octubre unamos nuestros corazones en un común deseo, que hecho voz en los labios augustos de nuestro amado Rey Don Alfonso XIII (q. D. g.), sea una llamada a cuantos más allá del Atlántico hablan nuestra lengua, sienten nuestra religión, viven nuestras costumbres y se enorgullecen de su linaje acrisolado, que entronca en nuestra médula y palpita en nuestra triunfal ejecutoria.

Con las frentes bien altas y el corazón en las frentes:

¡Viva España! Viva la América española! Viva el Rey!

Casas Consistoriales de Madrid, a 12 de octubre de 1924.

El Alcalde Presidente,

Conde de Vellellano

PROGRAMA DEL FESTIVAL

ORDEN DEL ESPECTACULO

PRIMERA PARTE

- 1.º Mosaico de Aires nacionales hispanoamericanos del Maestro Miguel Yuste, por la Banda Municipal, dirigida por el Maestro Villa.
- 2.º Discurso del excelentísimo señor Alcalde.
- 3.º Poesía titulada *Amor*, de D. Rafael Yepes Trujillo (de Maracaibo, Venezuela), premiada por el Real Consistorio Hispanoamericano del Gay Saber, leída por la insigne actriz Lola Membrives.
- 4.º Poesía *A España*, de D. Raúl Contreras (salvadoreño), leída por el autor.
- 5.º Discurso del excelentísimo señor Ministro de Méjico, D. Enrique González Martínez.
- 6.º Canciones americanas y españolas por Lola Membrives.

SEGUNDA PARTE

- 1.º *Aragón*, fantasía del maestro Albéniz, por la Banda Municipal.
- 2.º Poesía de D. Eduardo Marquina, recitada por la admirable actriz Josefina Tapias.
- 3.º *España*, poesía de D. Manuel Machado, leída por D. Samuel Crespo.
- 4.º Discurso del Excmo. Sr. D. José Rodríguez Carracido, Rector de la Universidad Central.
- 5.º *Himno a la Raza*, música del Maestro Ricardo Yust y letra de los Sres. Tejerina y Velao, por la Banda Municipal, Coral de Madrid y niños de las Escuelas de Aguirre y del Grupo escolar «Conde de Peñalver».

Discurso del Excmo. Sr. Conde de Vallellano, Alcalde
Presidente

EL SEÑOR ALCALDE:

Por feliz iniciativa del Ayuntamiento se concibió la Fiesta de la Raza; idea que pudiéramos decir genial, que corresponde a uno de los Concejales que hoy nos acompañan: al Sr. Crespo; pero no se contó con que hubiera de hacer la presentación un Alcalde tan modesto como el que os habla.

El lenguaje, según frase de Enrique Rodó, el gran estilista uruguayo, expresa lo impersonal de la emoción, pero no acierta a expresar aquello personal, hasta el punto de que cuando se habla no queden las ideas más hondas, las más sutiles, las más sinceras, las que precisamente no pueden expresarse.

Por lo tanto, habréis de notar que lo que yo diga no tendrá pretensión ni aspiración de discurso, y no lo puede ser, entre otras razones, porque la vida municipal, con sus apremios, con los problemas interesantes que están planteados, no deja, bien a mi pesar en este momento, el que pueda vagar mi imaginación por los campos más felices de la fantasía y del ensueño. Otras realidades más apremiantes me atan con atenciones que necesitan de todos mis esfuerzos. Sin embargo, pocos habrán de sentir tanto la fiesta como yo; y no en balde, señores, porque considerad que lo que el hombre más quiere es a los hijos y por las venas de los míos corre sangre americana. ¡Cómo no sentirla con más emoción que ninguno!

¿Qué conmemoramos en este instante? Oradores más elocuentes, prestigios reconocidos y relevantes, tanto de América como España, os lo dirán después. Las figuras excelsas del Ministro de Méjico, gloria literaria de su país y la figura, que no necesita de presentación, del ilustre Rector de la Universidad Central, Sr. Rodríguez Carracido, con otras manifestaciones de lo que el alma española es capaz de sentir en los labios de la señora Membrives, os dirán más elocuentemente lo que la Fiesta de la Raza significa.

Pero dejadme a mí, tan sólo, que os diga lo que reputo como sus dos significados. Para mí hay dos en esta fiesta: el espiritual y el económico. En el espiritual no hay más sino el recuerdo de la obra realizada, en cuyo punto ya se nos ha hecho justicia por todos, aun por los escritores norteamericanos, para decir que esta obra de la colonización de América, esa obra, empresa maravillosa, es neta y exclusivamente española. Españoles fueron los exploradores de los ríos, españoles los que descubrieron los dos continentes, españoles los que se anticiparon a la obra inglesa de la colonización y españoles, también, los que llevaron nuestra lengua, nuestra religión, nuestra alma, todo lo que constituye la ejecutoria más gloriosa de la tradición y de las nobles ideas españolas a un mundo desconocido. Por lo tanto, no es indiferente considerar el pasado, porque, como dijo Oscar Wilde, es lo único que nos puede servir para guiarnos en este momento.

Más interesante que la obra conquistadora es la obra exploradora y colonizado-

ra, y yo siento más emoción que ante las gestas sublimes de Pizarro y Cortés, por aquellos españoles que, un siglo antes, en una expedición de veinte hombres, descubrieron el cañón del Colorado, y por el hecho sublime de aquel Vasco Núñez de Balboa que descubrió el mar del Sur, lo que fué Océano Pacífico y que con agua hasta la rodilla, en alto la espada y el pendón de Castilla, tomó posesión del mar del Sur en nombre de los Reyes de España.

Todo esto fué posible, analizándolo bien, no porque fuera la obra impulsada por unos cerebros grandiosos alimentados del ideal; fué posible, porque fué una obra neta y esencialmente popular; porque para realizar esa obra tal como se concibió, llegando a la cumbre del imperio español, se necesitó y se precisó lo que dice Renan con gran claridad: la cohesión espiritual, motor de todas las ideas y de todos los pensamientos y que hace que los pueblos puedan ser grandes para la realización de sus ideales, ya que el esfuerzo aislado, individual, será efímero e ineficaz, cuando no exista ese ideal colectivo que le forma e impulsa.

En este sentido, no cabe sino entonar un canto de justicia a la obra de esos hombres del Reino de Castilla y de León, en que parece reconcentrada y desarrollada una civilización en competencia con la italiana, que con todas las esplendideces del entusiasmo y todos los esfuerzos de su alma, la vertió sobre América para acabar la obra de la unidad nacional que habían plasmado los Reyes Católicos.

Esta fué la gloria de esas gentes humildes, modestas, que salieron de esos pueblos de Castilla que llevan vida lánguida y mísera; de las montañas de Cataluña, de los caseríos de Vasconia, de las praderas gallegas y asturianas, todo lo que representa el alma inmortal de que tenemos vivo ejemplo en estos momentos por la continuación que no deja de prodigarse en las figuras excelsas de los héroes españoles, que hoy siguen muriendo por la Patria con la misma fe que ponían antaño todos sus abuelos (*Aplausos*).

Mas no hay que mirar, señores, el pasado con la satisfacción egoísta que inunda de alegría el presente, sino para cumplir la misión sagrada de preparar el porvenir, y esto es lo que nosotros debemos hacer.

Este porvenir tiene dos palancas incomparables en que apoyarse: una es la comunidad del lenguaje, ese nexo grandísimo que hace que, al venir los americanos a nuestra Patria, se encuentren en ella como en una prolongación de la suya; y tiene, además, lo que nosotros podemos ofrendar y dar, que es el hogar común, la casa solariega española, que hay que presentarla con todos los encantos que ésta tiene, cuidando de que nuestros monumentos atraigan su atención para que no se encuentren en ninguna parte de la vieja Europa mejor que en España.

Yo sueño algunas veces, cuando en ello pienso, en esos atardeceres de Castilla, incomparables cuando el sol va a inundar otros horizontes de otros continentes; yo pienso, emocionado, en una visión celestial, medio envueltas nuestras catedrales en esos cendales que representan los encajes floridos de la catedral de Burgos, en ese castillo medioeval de Coca, en el alcázar de Segovia, en el monasterio del Parral, en todo lo que constituye nuestras glorias nacionales, para decir a los americanos: Nosotros, España, la que descubrió un mundo, hoy más pobre, más

exangüe, os ofrece todo el afecto de su corazón y de su alma, porque su historia es la vuestra, porque sois sus hijos. (*Aplausos.*)

Queda la obra económica, que ya no es el factor espiritual; ya es lo que liga a los pueblos por las conveniencias y por el interés. Y en esto, como en otras muchas cosas, ¡hay tanto por hacer y tanto por ejecutar! Hay intereses que son comunes, hay uniones y compenetraciones para entenderse, y falta sólo cómo esas realidades encajen, cómo se atemperen a la modalidad y procedimientos que impone la política rápida, activa, y eficaz, que no aguarda, y que en todo momento rinde el máximo esfuerzo y la máxima eficacia.

Esta obra de compenetración de lo espiritual y de lo económico nadie la ha sentido mejor que nuestro Augusto Soberano que, demostrándolo de modo evidente, envió, como anticipo de su viaje, a S. A. R. la Infanta Doña Isabel, que con tan clamoroso éxito cumplió el regio encargo. Nadie mejor que él, por lo tanto, para en un sueño ideal que yo concibo, y en el que se unen las aspiraciones y sentimientos de todos los españoles, poder realizar, como Embajador de España, ese ansiado viaje a América. Y nadie mejor podría realizarlo como español y madrileño, porque es la más exacta representación de la nobleza y de la hidalguía españolas. Podría presentarse como el más autorizado embajador, y sus credenciales, además del amor de su pueblo, podrían ser aquellas palabras de Castelar:

«Los pueblos que necesitan un rey no lo discuten. La monarquía tiene algo de sobrenatural y de divino; el misterio la ha engendrado, el cielo la ha poseído; lleva un manto que puede decirse tejido con las fibras de la vida nacional; lleva en su mano un cetro que representa el rayo de la victoria; y en su frente brilla el óleo sagrado como la materia cósmica en los espacios infinitos; los pueblos la reciben como legado de Dios y la obedecen como el testamento de las generaciones muertas, indiscutible, inviolable, sacratísimo para las generaciones vivas; la creen por la fe; la obedecen por la fe, y la sustentan por la fe.»

Por la fe y el amor hagamos rogativas todos los españoles por que el alma inmortal de España vaya representada en el más excelso de los españoles a llevar un abrazo efusivo y cordial de salutación a la América española. (*Grandes aplausos.*)



AMOR

Poesía de D. Rafael Yepes Trujillo, de Maracaibo (Venezuela), leída por la insigne
actriz Lola Membrives

Premiada con la flor natural por el Real Con-
sistorio Hispanoamericano del Gay Saber.

I

Génesis

En la sutil virginidad del mundo
temblaba la emoción de la primicia:
el espacio fecundo
se angustiaba de amor i de caricia...

En la serena beatitud del cielo
ardía la niñez del arrebol,
i era un beso purísimo de anhelo
el beso tibio que iniciaba el sol.

¡Dios, hecho luz en la elación del lampo,
urgió la santa gravidez del campo!

El cáliz entreabierto de la rosa
desfloró sus misterios de fragancia
que volaron en racha milagrosa
a enardecer de aromas la distancia.

El ave sorprendió que en la garganta
se le anudaba un golpe cristalino,
i a un algo interno que le dijo: ¡canta!
respondió el ave con la voz del trino.

La fiera hinchó el pulmón recién nacido,
sintió en las garras un latir de saña
i se transparentó con un rugido
que desgarró el pudor de la montaña.

Vertió la fuente su alongado lloro
con estremecimientos virginales,
i en su trajín sonoro
tuvo un presentimiento de cristales.

El aura se tejó por la floresta
con infantil curiosidad de niña
i vibró en sonos de inefable orquesta
el verde corazón de la campiña.

I entre el contorno de la vida nueva,
en la virtualidad de su decoro,
se alzó el perfil de Eva,
como una joya que se engarza en oro.

Su mirar indeciso
quedó suspenso en la nerviosa calma,
i porque Dios lo quiso,
se le entró, rumbo al alma,
toda la excelsitud del Paraíso.

Así nació el Amor: por eso lleva
enroscado en sus múltiples arcanos
toda la savia de la vida nueva
que en la psiquis de Eva
forjó sinos humanos;
por eso es luz o gleba,
gloria que salva o abyección que abisma,
como que lleva el mundo en sus ardores
tal como lleva el prisma
entre la cárcel de su magia misma
encarcelado el haz de los colores.

¿Sus arcanos? Un sol que arde en hoguera,
un arrebol que en púrpuras se irisa,
una saña recóndita de fiera,
un perfume de flor sobre una brisa,
un trino dulce en musicalidades,
un arrullo de fuente cristalina,
un aura plena de sonoridades
i una racha de Dios, loca y divina...

II

El salmo del instinto

* Como en nerviosidad de calofrío
mordió el Amor la carne de los seres,
i surgió del hastío
el vértigo febril de los placeres.

La carne fué a la carne... Era el instinto
que movía en afán sus eslabones
entre el engarce tinto
de un perenne sangrar de corazones.

El mundo fué el palacio
donde reinó el Amor, como un Monarca
que va arrojando al hueco del espacio
los múltiples tesoros de su arca.

La hembra fué un botín: surgió el anhelo
de conquistar su amor. El hombre tuvo
fiebre animal en la eclosión del cielo,
i el bruto en su desvelo
sintió aleteos racionales. Hubo
el salmo del instinto bajo el cielo.

La mente alzó su palio de quimeras
bajo el nublado azul de la ilusión,
i al paso de la Reina, mil hogueras,
con luces hechiceras,
purpuraron sus fuegos de pasión.

El hombre, ebrio de amor i ya poseso,
por la ebridad de trágico trajín,
ajó la flor en éxtasis del beso
con la rosa de sangre de Caín.

I mientras tiñe en sangre sus amores
la noble Humanidad,
la fiera en el hervir de sus ardores
arropa sus fierezas en bondad.

I entre el almizcle atroz de su guarida,
que en los breñales del jaral se oculta,
el agasajo de su garfa inculta
es suavidad que exulta
el ímpetu sensual de su querida.

¡Oh, el idilio entre el frémito i el tacto
de las fieras, al filo del peñol:
Dios bendijo ese pacto
desde el ara del sol!

El ave en el alcázar de su nido
musicó en trinos su nupcial poema,
i el amor fulgeció como una gema
entre el estuche del vergel florido.
La fronda guardó el salmo y en su arrullo
va la música suave del coloquio:
¿no escuchásteis su eterno soliloquio
de sonidos arcanos i divinos?
la fronda en su murmullo
es un amor que se deshace en trinos.

III

Amor excelso

Hai un amor que nunca se mancilla
ni se macula con indignos rastros,
es un amor que brilla
como el alta pureza de los astros.

¡Sagrado amor de madre! Santa i pura,
por el germen ungida,
la entraña da el afecto i da la vida
en materia i en alma. Así perdura
la madre en otro ser: lei de natura
es que su psique en la del hijo encarne.
¡Oh, milagro de amor,
la madre en su misión se transfigura
como nuevo Jesús en nueva carne:
el hijo es su Tabor!

Ese afecto es el halo que en la cuna
envuelve al angel de impolutos sueños,
i que urgiendo presagios de fortuna
como en un narcotismo de beleños,
arropa el caos de la suerte bruna
con la bánova en luz de los ensueños.

Después la «Bendición» abre sus flores
de nivea santidad

¿Quién no sintió su racha de fervores
perfumando delirios de bondad?

I cuando el vendaval de los rigores
avivó llamaradas de dolores

entre los antros de la adversidad

¿no fué la «Bendición» iris de amores
que nimbó la crueldad

como un agasajo de fulgores

plenos de luz i de divinidad?

¡Sagrado amor de madre! Eucaristía

en el ara de un culto inmaculado;

amor que eres la sangre del costado

de un redentor eterno que en su Vía

Crucis va en pos de ser crucificado;

amor eternamente supliciado

por los siete puñales de María.

IV

Amor divino

Sobre el jirón de cielo de las alas

del Arcángel Gabriel

vino por las litúrgicas escalas

que soñara Jacob sobre Betel.

Se hizo carne en la carne milagrosa

de la entraña materna

i floreció de la Judea umbrosa

su parábola lírica i eterna.

¡Jesucristo! Es el alma del milagro,

Dios entre la abyección de la materia:

vino a vivir la múltiple miseria,

a suavizar el lomo del onagro,

a fecundar la tierra aridecida,

a poner en las sombras su fulgor

i a llenar este hueco de la vida

con raudales de amor.

Así fué por el áspero camino

con su ideal a cuestras, errabundo,

i endulzando la hiel que mana el mundo

con el venero de su amor divino.

En la paz nazarena de sus ojos
temblaba la bondad de la oración
i no cruzaron pensamientos rojos
por su imaginación:
fué un amor vivo que esparció de hinojos
las flores del perdón.

Lo vió la Palestina
dar vista al ciego, dermis al leproso,
resucitar los muertos, al airoso
mar convertirlo en seda cristalina,
multiplicar el pan, dar el reposo,
mellar a piel la saña de la espina
i derramar al alma como a un foso,
la miel de su parábola divina.
Su Gólgota fué un célico delirio
entre quimeras de divinidad,
fué un amor purpurado en el martirio
por lustrar esta hez de humanidad.

¡Oh, Cristo que en tu sueño de crisoles
viste la sombra transformada en luz,
sangraste sobre trágicos peñoles
i empeñaste la gloria de los soles
cuando tu Gloria se clavó en la cruz.

V

Amor pagano

De su flora lozana
que atesora el hechizo i el primor,
Helénia, la pagana,
despetaló su gigantesca flor
de fantasía i en la feria humana
arrojó la leyenda del Amor.

¿Cómo el engendro? Bajo el tul brumoso
del inquietante vórtice del Mito
se perdió la visión. I va el glorioso
Eros llenando el rito
i alarmado el pudor de las edades
como un clamor de celo, como el grito
que dió la Grecia en sus sensualidades.

Acaso Marte su feral fiereza
le dió dentro del mítico avatar,
Venus tal vez, la límpida belleza
que hurtó a la vasta excelsitud del mar.
I va sobre el fulgor de su leyenda
el Flechero tirano i errabundo
flechando el vario corazón del mundo,
ornando en flor i cardo la amplia senda
i en su azar vagabundo
guiñando el ojo tras la dúctil venda.

Domó al dios y a la fiera
porque enlazó en su psiquis a los dos:
lo nutrieron pezones de pantera
i hubo en su estirpe gérmes del dios.

Las sienes bajo el nimbo de la rosa,
en la mano la antorcha refulgente;
o el casco ornando la ardorosa frente
i el escudo en la diestra vigorosa;
o alado, chiquitín, desnudo, ciego,
se vió cruzar entre el helenio coro
al Cupido de fuego
i de aurea flecha i de carcaj de oro.

En su incansable herir de corazones
vence a la Ninfa en su cendal de espumas,
se retuerce en la crin de los leones,
sobre el hombro de Hércules va ufano,
se enrosca a un cisne de nevadas plumas
i embruja a Psiquis en el predio humano.

¡Psiquis! La humana bella
fué para Amor el inquietante anhelo,
i Amor la llevó al cielo
le dió Ambrosia i se durmió con ella...

VI

Preces

Amor: Porque tu vasto poderío
domina al orbe, porque lo eres todo:
la estrella en el vacío
i el honor en el lodo,
la estocada en la negra encrucijada
i la escala en el muro
i el beso en la mejilla sonrosada
i el agasajo puro
i la impura delicia
i el deleite superno
i el impulso sensual de la caricia
i el ósculo materno
i el milagro divino
i la savia i el trino
i el relámpago rútilo en las iras
i porque eres, Amor, el universo,
el poeta en tus viras
enreda el alma múltiple del verso,

A ESPAÑA

Poesía de D. Raúl Contreras (salvadoreño),
leída por el autor

Madre vieja y gloriosa, madre altiva y pujante
que ofuscaste el reflejo de la luna menguante
con la luz cegadora de tu espléndido Sol,
y, por dar a otro mundo tu alma fuerte y bravía,
en las vastas montañas de la América mía
injerstaste la savia del orgullo español.

Si la indígena flecha se embotó en la coraza
y en la lid vencedora fué tu hispánica raza,
dos progenies en una se fundieron después;
¡si aborígenes somos, nuestra sangre es ibérica,
mitad alma de España, mitad alma de América,
en nosotros reviven Moctezuma y Cortés!

Porque somos tus nietos nuestra stirpe es preclara.
Eres ala materna que nos cubre y ampara,
y los hondos latidos de tu gran corazón
hallan eco en el nuestro, donde hierve y palpita
el calor generoso de tu sangre bendita
y la hidalga nobleza de tu invicto blasón.

¡Salve España! Por grande, por hermosa y por buena,
tu renombre en la historia del planeta resuena
con la nota sonora de un guerrero clarín;
como nadie atrevida, por ninguno igualada,
con la cruz en el pecho y en la diestra la espada,
recorriste, del mundo, triunfadora, el confín.

¡Salve España, que evocas la gloriosa leyenda,
la epopeya admirable de una hazaña estupenda
que, en los siglos futuros, será luz de tu ayer!
Sembradora profícua de la eterna simiente,
en exúberos campos, a tu soplo potente,
un jardín de heroísmos empezó a florecer...

En distantes países, en umbrosas montañas,
sobre picos monstruosos de rugientes entrañas,
se vió a todos, los vientos, tu bandera flotar,
y las frágiles proras de tus tres carabelas
imprimieron, audaces, luminosas estelas
en el lomo crispado del Atlántico mar.

¡Salve España! En el alma de la América vibra
el hervor idealista que injertaste en su fibra,
tus virtudes excelsas, tu indomable valor;
y por ser de tu tallo los legítimos brotes,
vuelta el alma a la aurora, como nuevos quijotes,
hilvanamos quimeras y locuras de amor...

Te calumnian, ¡oh madre!, te denigran aquellos
que se sienten cegados por los áureos destellos
de tu altísimo nombre, diademado de luz,
los que envidian tus hechos legendarios y grandes
y tus bravos marinos y tus tercios de Flandes
y el flamígero rayo que brilló en tu arcabuz.

¿Quién, osado, podría deslustrar tu nobleza?
¡Sólo España ha podido realizar la proeza
de violar el arcano de los mares, en pos
de un fantástico ensueño, de una enorme utopía,
desafiar a la ignoto, sin más brújula y guía
que el valor de su pecho y el amparo de Dios!

¡Sólo España ha podido, manejando un arado
gigantesco, en las tierras del dormido pasado
abrir surcos en donde germinó el porvenir;
ser la fuerza creadora, ser el vientre fecundo
que al dar vida a los pueblos que componen un mundo,
en la nueva progenie quiso su alma exprimir!

Alma noble y heroica que animó a la materia;
en nosotros subsiste la arrogancia de Iberia
que ni puede quebrarse ni se dobla jamás,
corazones fundidos en los mismos crisoles,
en el trópico virgen somos indo-españoles,
somos raza que triunfe del futuro quizás.

¡Porque alienta en nosotros el vigor de los bravos
que en Sagunto cayeron para no ser esclavos
y en Pavía mostraron la fiereza de un león;
porque quienes cruzaron hondos mares y cielos
— argonautas sublimes — fueron nuestros abuelos,
en la audaz odisea de Cristóbal Colón!

Nada importa que ahora sin tutela vivamos,
si a tu pecho amoroso siempre unidos estamos,
como el hijo a la madre, por un lazo filial,
¡si tenemos por nuestras tus hazañas brillantes,
si el idioma en que hablaron Calderón y Cervantes
es también nuestro idioma, nuestra lengua inmortal!

Nuestros viejos volcanes con su voz rugidora
— colosales trompetas — te saludan ahora...
Ellos vieron el casco del guerrero español
y su fuerte armadura y su férrica talla
y, a sus pies, contemplaron, en sangrienta batalla,
empaparse la tierra de fraterno arrebol.

Ellos vieron, impávidos, desfilar la conquista...
(¡No hay poder que a las armas castellanas resista;
son de un dios invisible la afilada segur;
a su empuje, los tronos caen rotos por tierra,
y en el llano, en la cumbre, se oye un grito de guerra
que estremece a la América, desde el Norte hasta el Sur!

Moctezuma, Atahualpa, Nicarao, Lempira...
El autóctono imperio del indígena expira,
que Cortés y Pizarro, son como un huracán;
a su paso destrozan, hunden, matan y hieren
y, cual mieses segadas son los indios que mueren,
altivando su gesto, como Caupolicán.)

Mas, de aquella conquista que de un mundo fué cuna,
¡sólo quedan dos razas confundidas en una
pregonando la gloria de una empresa viril!
¡Nuevo día despunta, cuyos tibios albores
doran ya los picachos donde anidan condores,
los picachos a donde nunca trepa el reptil!

A la sombra inviolada de un bosque de lauros,
bajo el sol de los trópicos, duermen ya los centauros
cuyos cascos hicieron nuestras selvas temblar;
¡ya no brillan al aire los desnudos aceros,
las pesadas tizonas de los bravos guerreros
que, buscando fortuna, se lanzaron al mar!

¡Pero viven sus almas, que es el alma de España!
¡Veinte pueblos nacieron de la homérica hazaña!
¡Veinte pueblos son fruto de la hispánica vid!
¡Comunión de la sangre que agiganta la idea
que perdura en los tiempos y el espíritu crea
de un Bolívar, que tiene la pujanza del Cid!

¡Salve España! Tu suelo, por los dones que encierra,
es como un paraíso transportado a la tierra,
un oasis de amores donde crece el laurel;
tus canciones son ecos de profundas saudades,
e ilumina el espíritu de tus viejas ciudades
vino, canto, heroísmo, luz, mujeres y miel...

¡Salve madre gloriosa! ¡Salve España triunfante!
Mientras haya en la América un poeta que cante
y unos labios que recen en idioma español,
mientras vivan los pueblos, que el sajón amenaza,
¡no habrá raza más grande que tu ibérica raza,
ni habrá luz que más brille que la luz de tu Sol!

Discurso del Excmo. Sr. D. Enrique González Martínez,
Ministro de Méjico

SEÑORAS Y SEÑORES:

Limpiaré mis frases del énfasis que sólo conviene a un discurso. La oratoria es inútil donde no desempeña un papel persuasivo, y este auditorio a quien me honro en dirigir la palabra, está de antemano convencido de lo que viene a mantener con su presencia: el ideal latinoamericano o iberoamericano—el nombre es lo de menos—, como hecho incontrovertible y como sentimiento real en el espíritu de cien millones de hombres. No quiero que mi oratoria—torpe por ser mía—, modifique desvirtuándolo aquello que por sí mismo es grande, y de suyo elocuente. Los escarceos retóricos son inoportunos siempre que, como en el caso actual, la idea justa no ha menester esfuerzo para imponerse como afirmación categórica. El sentimiento de confraternidad latino-americano existe, a veces confuso, en ocasiones mal definido, desviado con frecuencia de su significación genuina, y aun puesto de tarde en tarde al servicio de intereses bastardos y de malas pasiones; pero dista mucho de ser aquella amalgama informe, aquel conglomerado heterogéneo que caracterizan a ciertas agrupaciones artificiales de pueblos, creadas con fines que no son siempre nobles ante un riguroso criterio de moral humana. De este apretado conjunto racial que el pasado liga, que vincula el presente y que afianza el porvenir, ningún pueblo iberoamericano tiene derecho a ser excluido, y en la obra común, cada cual tiene su parte. Hoy nos congrega España, y en el trabajo futuro ni ella ni nosotros podemos ser eliminados so pena de empequeñecerla o debilitarnos. Por eso hablar de América ante nación creadora de nuestra cultura, es hablar de algo que a ella lo mismo que a los países americanos interesa.

Ayer todavía los pueblos latinos de América éramos una esperanza y quizás y apenas un presentimiento. Ramas fuertes de troncos gigantesco injertadas en el árbol primitivo de las razas aborígenes, representábamos una potencialidad indiscutible que se incubaba sorda y silenciosamente, un poco a hurto de las fuerzas directoras del siglo. Hoy somos una actualidad palpitante y una afirmación concreta. Ayer, los pueblos monopolizadores de las culturas milenarias podían eliminarnos del tablero de ajedrez de sus complicadas combinaciones políticas y de la bizantina urdimbre de su refinada diplomacia. Hoy necesitan contar con nosotros, a riesgo de que si nos dejan pasar inadvertidos, dejen también inadvertido su futuro grave, tan grave como su presente, tan amenazante como la situación del mundo a raíz de la gran catástrofe, en la cual no fuimos protagonistas, pero cuya acción de cataclismo nos invistió de pronto con la toga de los pueblos adultos.

Esta mayoría de edad, conquistada súbitamente, no es motivo de júbilo sin restricciones, porque su prerrogativa trae aparejados tremendos compromisos de índole moral y pesados deberes ineludibles. Somos hoy como aquellos mozos a quienes la repentina dolencia del progenitor obliga a apuntalar el hogar que se desploma,

y que se ven forzados a abandonar la frivolidad y la disipación para recapacitar en los problemas angustiosos de la vida. Nosotros mantendremos nuestro brío primaveral y nuestro optimismo de pueblos jóvenes; pero les asociaremos la gravedad y la cordura. Con la sonrisa del que siente la alegría de vivir mostraremos en el entrecejo la arruga precoz de la madurez reflexiva.

Somos pueblos que vamos hacia el mismo fin, aunque por distintas sendas. En ocasiones parece que la marcha es divergente y que nos apartamos en vez de unirnos. No hay tal. Al cabo del recodo imprevisto, o de la desviación voluntaria, tornamos a recorrer la misma ruta y a contemplar la misma estrella. Y es que sobre la individualidad psicológica está nuestro aire de familia; y sobre la diversidad de matices, nuestra semejanza común. Conservando la fisonomía propia de pueblos que merecen el nombre de tales, no hay, en nuestras nacionalidades afines, elementos que se combatan, y es inconcuso que física, moral y económicamente nos completamos. Nuestra homogeneidad no la perturba la mezcla de sangre aborigen, antes le añade características y modalidades fecundas que darán, con el andar de los siglos, marcas diferenciales a la cultura que un día hemos de crear, mantener y propagar en el mundo. Ya no nos alarma el principio pseudocientífico de la inferioridad de las razas mestizas. Aparte que no existen razas puras, la mezcla suele ser renovadora y fortificante. Nuestro problema, sobre todo el de los pueblos poseedores de una gran proporción de sangre americana, está en educar a sus hermanos nativos para que sus excelencias raciales se sumen a las europeas y las modalicen vigorizándolas.

¿Por qué cuando se habla de confraternidad latinoamericana ha de sufrir la idea nacionalista, digo el nacionalismo bien entendido, no el de preocupaciones estrechas tan condenable como el egoísmo individual? Las fronteras geográficas, la diversidad de organización y la diferencia de instituciones políticas no estorban la comunidad espiritual de los pueblos cuando la equidad y el respeto mutuo han extendido sobre ellos la mano. Todavía más; esas agrupaciones de índole étnica en que razas hermanas se unen para desempeñar una misión sobre la tierra, no son sino un esfuerzo hacia otra idea más alta, no por lejana imposible, que ha de cristalizar, tarde o temprano, en el reinado del amor universal.

Siempre que se trata de la fraternidad latinoamericana, es de rigor hablar de un sentimentalismo que no se traduce en obras. Es verdad, nada hemos hecho, o muy poco, por lograr una acción común, una empresa colectiva que nos agrupe en forma dinámica. Nuestro estatismo tiene aspecto de esterilidad, ya que, como dice un moderno pensador de España, los pueblos no conviven por estar juntos, sino por hacer algo juntos. Pero además de que una empresa así no se improvisa, pensar con insistencia en ella es ya un principio de realización. Algo es también comenzar a conocernos y a interesarnos por las cosas de España y de América; y algo, el procurar interpretaciones justas de lo nuestro, que otros miran con desden o censuran sin conocimiento.

Me creo en esta ocasión con derecho a hablar de torcidas interpretaciones y de fallos injustos, ya que represento a un país que ha sido víctima frecuente de las especies más calumniosas, no sólo por parte de quienes pueden tener interés en pro-

pagarlas, sino aun de la de aquellos cuya obligación moral era y es desentrañar de los sucesos mejicanos la verdad pura y el sentido profundo. Porque un alto y hondo sentido tuvieron siempre nuestras turbulencias, y en los horrores de una lucha que duró diez años, nada, ni lo que causó mayor escándalo, dejó de tener nunca la orientación moral, social y política que exigían implacablemente los problemas nacionales. Ningún movimiento armado dejó de tener un ímpetu de justicia o un anhelo de redención. No siempre es dado a los pueblos mantenerse en términos de moderación, ni retardar o eliminar un problema ha sido nunca resolverlo. Por esta razón, los que juzgan duramente a mi patria sin entrar en las causas de sus sacudimientos, sabrán un día que lo que Méjico ha logrado con sus convulsiones, lo que ha conseguido con sus luchas ese país espléndido y trágico, para tomar las palabras de un escritor belga, tiene mayor alcance del que a primera vista pudiera sospecharse, y que mucho de lo realizado en aquel amplio y doloroso campo de experimentación, será fecundo más allá de sus fronteras. Sólo a sabiendas de cómo el problema urge, puede justipreciarse el rigor del procedimiento. Cuando menos, pidamos que no haya dos pesas y dos medidas: una para las luchas de los viejos continentes y otra para las agitaciones americanas.

Repito que empezamos a conocernos. Los pueblos que somos hijos de España no la admiramos únicamente en su pasado esplendoroso, sino en su renovación que se inicia y que ha de forjarse muy en breve a pesar de las crisis aparentemente dissociadoras que hayan surgido y puedan surgir en su seno. Ella también nos mira con el interés de siempre, ya que, como una confirmación de lo dicho antes sobre fronteras políticas y sobre nexos espirituales, España no ha salido nunca de nuestros corazones, ni hemos dejado de ser para ella los hijos de su alma y de su sangre. La civilización cosmopolita ha acrecentado nuestro patrimonio; pero la herencia materna no ha sido enajenada y es ella el núcleo de atracción de lo que hasta cierto punto nos es extraño. Contamos con España y ella cuenta y seguirá contando siempre con nosotros. En cuanto a lo que directamente atañe a estos pueblos latinos de América, es bueno comprender que no lo tenemos todo con nuestra riqueza económica. Los pueblos, como los hombres, no viven sólo de pan, y debemos recordar que junto al oro y la plata, los nitratos y el petróleo, la ganadería y la agricultura hacia los cuales tiende ávidamente la mano Europa empobrecida y casi hambrienta, tenemos una opulencia espiritual que ya pesa en el mundo. Pensemos un poco en nuestros sabios y en nuestros artistas, en nuestros iluminados y en nuestros apóstoles, y que nos enorgullezcan sus triunfos de igual modo que nos aprovechan sus conquistas, lo mismo acá en la Península que desde el río Bravo hasta el punto más austral de América, porque aquí no hay nacionalismos que se opongan ni fronteras que lo impidan. Pensemos también en la gran fuerza asimiladora de que son noble ejemplo muchos países americanos cuya latinidad no se amengua, antes crece con la contribución de razas disímiles. Y tengamos fe, una fe inmensa en nuestro destino, una fe que surja de nuestra propia conciencia. Seamos idealistas hoy que el mundo torna de nuevo al culto del ideal, después del fracaso estupendo de normas que parecían inquebrantables y que se derrumbaron porque las mantenía en pie el interés y no las apoyaba la justicia.

No hablo ahora ni en nombre de mi país ni en nombre de mi Gobierno; pero me complazco en creer que interpreto el sentido de uno y otro en asuntos de latinoamericanismo. Méjico ha tomado en serio su deber de crear y estrechar vínculos con las naciones hermanas. Como dije en ocasión semejante a la presente, ha tiempo que mi patria, a la manera de esos signos misteriosos que los exploradores del cielo descubren en algún planeta y que son acaso señales furtivas enviadas a nosotros a través de los espacios infinitos, manda a sus hermanos llamamientos fraternos. Confiado, tranquilo y optimista, aguarda la respuesta. Por eso ha colocado en el escudo de su Universidad la divisa simbólica: *Por mi raza hablará el espíritu*.

Los pueblos hermanos por la raza y por la lengua, a pesar del pesimismo de la hora, comienzan a estar juntos. Arrojemos hacia adelante, en la blanca y luminosa ruta de la vida, la dorada poma de nuestro destino común, y corramos tras ella, con el ansia de nuestros ojos, con la codicia de nuestras manos y con la fiebre de nuestra voluntad indomable. Cualquiera de estos pueblos que sea el primero en darle alcance, nos transformará colectivamente en vencedores. Así, dueños del glorioso trofeo, cerraremos la boca a la ironía aviesa y a la maledicencia emponzoñada que propalan a los cuatro vientos que solemnidades como la presente son plegarias dirigidas a una falsa divinidad, en un templo vacío y ante un ara desierta.

LA CABRITA BLANCA

Canción que dedico a los que me
dan buenos consejos.

Poesías originales de D. Eduardo Marquina, leídas por la señorita
Josefina Tapias

Dios tiene el cielo con las nubes rojas;
el rey, su trono, bajo el noble alcázar:
mi hermano, un mundo colosal de tierras,
y yo, el pequeño, mi cabrita blanca.

Murió mi padre, y mi prudente hermano
calzó sus botas y ciñó su faja,
durmió en la cama que dejaba el muerto,
y a mí me dieron mi cabrita blanca.

Simón, el tonto, el más pequeño, es claro
que es incapaz de que le entreguen nada;
pero es el caso que Simón no quiere
más que le dejen su cabrita blanca.

¡Soy tan feliz!—y ella lo sabe—¡Topa,
mi buena amiga, que los días pasan!
¡Soy tan feliz como mi propio hermano
con este diablo de cabrita blanca!

La yerba es joven y el sol vivo, y ella
piedras y arroyos y torrentes salta;
diz que perdió toda la mies mi hermano:
¡yo nunca pierdo mi cabrita blanca!

Bajo las selvas, a mis plantas duerme,
y ambos tenemos una misma cama.
¡Viva feliz en su heredad mi hermano,
que a mí me sigue mi cabrita blanca!

LA HERMANA

SONETO

Verano. Agosto. Declinaba el día
manchando el cielo de vapores rojos
y volvían, pisando los rastros,
dos niños —ella y él— a la alquería.

Ella callaba... El chiquitín decía:
—«Yo era un soldado; y cuanto ven tus ojos,
»no eran parvas de trigo, eran despojos
»de una batalla en la que yo vencía...

—Pero... ¿y yo?...

—Deja; espera... Ebrio de gloria
»yo volvía, después de la victoria,
»y a ti, que eras la Reina, te buscaba...

—¡No, no!... la Reina es poca cosa... Yo era
—dice la chiquitina— una enfermera,
y tú estabas herido, y te curaba...



ÉPICA ESPAÑOLA

Poesía de D. Manuel Machado, leída por D. Samuel Crespo

I

ESPAÑA

Como ola irresistible, los corceles
de Arabia corren por la España toda,
y bajo un mar de blancos alquiceles,
se hunde la vieja monarquía goda.
De las risueñas márgenes del Turia,
a las enhiestas cumbres de Cantabria
¿quién detendrá la musulmana furia?
¿Quién, de la Fe cristiana
asistido no más con fiero brío,
encenderá en la noche la mañana,
echará atrás el río
y hará del vendabal la injuria vana?
Un hombre fué, sobre el peñasco ingente
que la ayuda de Dios hizo sagrado...
¡Pelayo! ¡Covadonga! Allí, impotente,
cayó el esfuerzo musulmán, domado.
Allí la mar y el río en su carrera
cesaron invasora.

Allí en la noche se engendró la Aurora
¡y allí nació la España verdadera!

¡España, España, en el crisol fundida
de ocho siglos guerreros,
bastión de Europa, en ellos defendida
de la oriental barbarie de los fieros
africanos... España fuerte y pura,
celosa de las patrias libertades,
España de Rodrigo y de la Jura,
España militar, España dura,
España de las yermas soledades!

Pastora en la montaña, labradora
en los valles profundos...
¡España aventurera y soñadora,
a caza de imposibles y de Mundos!
¡España de la gesta bizantina!
España de los nobles comuneros;
España de la gracia levantina,
España de los vascos marineros...
España campesina y trágica.
España de castillos y leones.
¡España de los fuertes galeones,
que siguieron al Sol en su carrera!...

ENVÍO

Si alguien pregunta un día
qué hizo España, decid: Resistió al moro,
redondeó la Tierra, y trajo el oro
de donde el Sol poniente lo escondía.
Todo eso fué, y pasó... No importa.
Pero,
mañana, - hoy mismo ya!—nadie se oponga
a que grite valiente a los destinos: «¡Quiero!»
Y a que ese «quiero» sea su nueva Covadonga.

II

LOS CONQUISTADORES

Como creyeron, solos, lo increíble
sucedío; que los límites del sueño
traspasaron, y el mar, y el imposible.
... Y es todo elogio a su valor, pequeño.

Y el poema en su nombre. Todavía
decir Cortés, Pizarro o Alvarado,
contiene más grandeza y más poesía,
de cuanto en este mundo se ha rimado.

Capitanes de ensueño y de quimera,
rompiendo para siempre el horizonte,
persiguieron al sol en su carrera.

Y el mar—alzado hasta los cielos—, monte
es, entre ambas Españas,
sólo digno cantor de sus hazañas.

Discurso del Excmo. Sr. D. Jose Rodríguez Carracido,
Rector de la Universidad Central

SEÑORAS Y SEÑORES:

Habló América enérgicamente, pero amorosamente, con palabras del Ministro de Méjico (el Méjico que en la Historia fué llamado Nueva España), para refrendar con la suya lo que le habían precedido en el uso de la palabra condenando aquella calumnia, aquella infamia que había padecido España durante tanto tiempo al ser desdeñada su obra magna, al ser injuriada por vicios que no había cometido y que sólo malas pasiones hacían resaltar en una magnitud que no tenían. Todo eso lo ha dicho el Ministro de Nueva España, con palabras de América y representando a América.

Nos halaga en lo más íntimo del alma, que los historiadores, los espíritus generosos de todos los pueblos vayan reconociendo que la Historia de España es sin par en el mundo, no sólo por lo grande de sus proezas, sino por lo generoso de sus sentimientos. Nos halaga muchísimo más que esto lo digan los pueblos que son nuestros hijos, que lo diga América. Si nos dolía la injusticia del mundo y de Europa, nos dolía mucho más la indiferencia y el desdén con que nuestras hijas miraban a su madre. Pero al ver que eso ha desaparecido, que la luz se ha hecho, que en todos los centros de cultura o investigaciones históricas se reconoce la magna obra de España, y que lo dicen elocuentemente bien documentados; al ver, además, que todas esas nuestras hijas, con palabras de nobles sentimientos, con voces afectivas repiten lo mismo, y se sienten orgullosas de su madre patria; jese es el momento más grato para nosotros, y por eso esta Fiesta de la Raza nos inunda el alma de alegría, y no sabemos cómo corresponder a esa gratitud y fusión de sentimientos de todos los pueblos, pero principalmente de nuestros hijos! (*Aplausos.*)

Dolíase el señor Ministro de Méjico de la injusticia con que es tratado su país por todos los que examinan su política y analizan sus acontecimientos actuales. Verdaderamente Méjico hoy está ante el mundo apurando el cáliz de amargura y de tristeza que apuró España durante tantos años en los que era injustamente tratada. Pero lo decía con suma razón: se verá en el porvenir, si no se ve en los momentos actuales, todo lo que significan estas transformaciones, estas convulsiones, estas emociones y conmociones que está sufriendo Méjico. Yo, expresando mi sentimiento, he de decir que soy un admirador devoto, rendido de todo lo que Méjico está haciendo en la Historia, porque hay que tener en cuenta qué posición le dió la geografía. Méjico está en la avanzada, en la línea de fuego de peligro, de defensa y conservación de los intereses españoles. Todos los españoles, todos los hispanoamericanos que tengan el sentimiento de lo que es la conservación de nuestra raza, estamos obligados a confortar el alma de Méjico, porque la obra de defensa de su propia nacionalidad es la de la raza hispana. (*Muy bien*). Porque

está en un momento crítico, porque está en ese puesto de peligro, ¡cómo ha de pedirsele templanza siendo atacado, siendo víctima de luchas no sólo descubiertas, sino encubiertas, de insidias, de acciones llenas de mala voluntad! ¡Cómo no ha de mostrarse a veces, si se quiere, desconfiada en sus manifestaciones!

Méjico está despertando a la vida, está tratando de constituirse. Pero, ¿en qué condiciones y en qué situación! Con la desventaja y el esfuerzo de luchar con todos los formidables enemigos que no quieren que sea España una realidad en el porvenir, a Méjico le toca, por su posición geográfica y por el Destino, estar siempre alerta y vigilante en ese puesto avanzado. Y si despierta Méjico, como despierta la vida moderna, si siente todos los anhelos de renovación que sienten todos los pueblos, teniendo que constituirse en medio de esas dificultades, ¿se le puede pedir ecuanimidad, aquella corrección que pueden tener los diplomáticos en una sala de cancillería cuando están resolviendo tranquila y fríamente sus asuntos? El despertar del individuo por las mañanas produce una sensación de alegría, y el de Méjico, teniendo delante de sí tales zozobras y pesadillas, es el despertar de angustias de lo pasado, de preocupaciones del porvenir. Y a un pueblo que está en esas condiciones ¿se le va a pedir ecuanimidad? De ninguna manera.

Yo tengo interés en decirlo, y creo expresar el sentimiento de todos, que otros pueblos, otras gentes podrán censurarle, pero los españoles, los que sabemos bien lo que eso representa, no vemos nada absolutamente de esos pormenores en el proceder de Méjico, sino la magna obra, heroica, de verdadero sacrificio que está realizando por nuestra raza y por España.

Señoras y señores: ¿Qué significa esta Fiesta de la Raza repetida uno y otro año, no con la monótona frialdad de rutina protocolaria, sino con un sentimiento cada vez más vivo y fervoroso? Es así como algo superior a la psicología individual y a la psicología colectiva. Como en ésta se manifiestan aspiraciones y sentimientos de cada uno de los individuos que forman las colectividades, que aisladamente no podemos emitir, y yo creo, señores, que hay aquí unas voces superiores a la voluntad colectiva de las naciones, que son las que ordenan estos actos y otros análogos.

Me imagino que el decreto dado por el ilustre Presidente de la República Argentina estableciendo la Fiesta de la Raza, es como una especie de voz providencial que dice: Levantemos una cruzada, preparémonos todos a constituir sus huestes. Y así como los grandes acontecimientos históricos no se ven en todo su desarrollo desde los primeros momentos, sino que en ellos hay atisbos, hay síntomas cuya significación no se puede concretar, pero que son preparaciones para el magno acontecimiento que se prepara, así también, me parece que esta celebración de la Fiesta de la Raza es algo como un anuncio, un atisbo y una voz providencial, una voz superior a los pueblos que nos dice a todos: «amaos los unos a los otros, juntarse, unirse fraternalmente para realizar la gran obra que os está encomendada en lo porvenir». (*Aplausos.*)

Yo tengo una fe ciega en los destinos de nuestra raza; y así como la historia del mundo en el siglo xvi es la historia de España por su actuación en todos los pueblos, yo espero, también, que la raza española desarrollada en América en

todas las proporciones en que ha de desarrollarse, en extensión de población, en elementos de cultura, en riqueza, en todo lo que constituye el poder de los pueblos, tendrá también una hegemonía, una acción prepotente que trazará nuevos rumbos y nuevos destinos a la Humanidad.

Y para esta gran obra no nos habríamos de decidir de una manera espontánea, sino que era menester larga preparación espiritual como son todos estos actos de hispanoamericanismo y entre ellos la Fiesta de la Raza.

Porque así como la Iglesia católica celebra sus mayores solemnidades con grandes fiestas para enfervorizar los espíritus y mostrarles la magnitud de la obra que se consumó para la redención de la Humanidad, así también estos actos de puro sentimiento, son estímulos, son enfervorizamientos para las almas, para que todas ellas sientan entusiasmo y vaya formándose en ellas el campo de cultivo de los nuevos ideales (así como se forman campos fecundos con el ambiente del calor primaveral), y se vayan formando para que estas nuevas ideas tengan la efectividad que han de tener en lo porvenir.

No nos dejemos arrastrar ni deprimamos nuestro ánimo por todos los que os dicen: «lirismos, palabras», porque todos esos lirismos y palabras son intereses verdaderamente positivos, que antes del concierto de los intereses se hace el concierto de las almas.

Los esposos, antes de establecer su casa son novios y todo es puro afecto... (*Grandes aplausos*). Aquel matrimonio que se consumara sin otra preparación que el conocimiento, con el lápiz en la mano, de los elementos materiales que va a tener cuando la familia se constituya, seguramente no sería un matrimonio feliz en su día; pero aquel que ha nacido en la atracción de los espíritus, se convierte en familia y produce y crea intereses, ese tiene una base tan sólida, una raigambre tan extensa, que no lo destruye absolutamente nada. Eso es lo que debemos formar.

Americanos y españoles estábamos completamente divorciados por hechos históricos que no necesito recordarlos. Está reconocido de una y otra parte que eso era no sólo absurdo, sino antinatural y el interés nos llama a la mutua inteligencia como nos llamaron los afectos en cuanto nos pusimos al habla, porque no puede quererse sino a los que se conoce. Nosotros no nos conocíamos. Los libros de América, las manifestaciones culturales de América, apenas venían a España, las nuestras también eran difícilmente recibidas allí; y, en cambio, la cultura francesa era la que formaba la inteligencia de aquellos pueblos. Hoy empiezan a conocerse y ha empezado un pequeño trato para que, inmediatamente, aquello que fuera calor en el primer momento, sea transformado en incendio de sentimientos, en incendio de calor espiritual y este es el momento en que estamos y esto hay que fomentarlo y hay que continuarlo.

Que no desaparezca la Fiesta de la Raza. No son hechos líricos, son cosas reales que hay que sustentar; y el año que viene, y los sucesivos con mayor esplendor todavía que los anteriores, y con ellos se irán, desde luego, formando esos vínculos espirituales, esa alma colectiva, porque las grandes colectividades, ya sean sólo de una nación, ya de una federación de naciones, no pueden realizar su obra sin una idea, sin una aspiración, sin un algo ideal que brote unánimemente de todas

esas almas, y es menester para eso que se establezca la conexión como se confederan las células en los organismos superiores... (*Aplausos.*)

Y esta confederación sólidamente establecida se hace por el mútuo conocimiento, por el afecto, y estas fiestas en que se hacen estas manifestaciones de afecto, son creadoras de nueva vida, de nuevos elementos para el porvenir de la raza.

Yo, señores, representando en este momento a España, no tengo más que una sola palabra que decir a los americanos que vienen siempre con nosotros a esta fiesta. Somos todos unos, felizmente ha llegado el momento anhelado de ponernos al habla, en inteligencia; pero tened en cuenta que esto es para todos provechoso, porque si vosotros sois ricos y poderosos, tenéis un alma que es la que ha formado la historia y la tradición, y esa historia y esa tradición, al fin y al cabo, son las nuestras y vosotros los que os enorgulleceís de tener esa tradición. Nosotros lo estimamos y sobre la base de esa tradición, vamos juntos a formar la grande, la grande y colosal federación espiritual de la raza hispánica para estar debidamente preparados a la obra que hemos de realizar en el porvenir del mundo. (*Grandes y prolongados aplausos.*)



Discurso del Ilmo. Sr. D. Hilario Crespo

Conmemorando el descubrimiento de América el día de la Raza

Por haber tenido el acierto o la oportunidad de que cristalizara algo que estaba en el ambiente, bien seguro de que ese algo habría de encontrar eco vibrante y positivo entre todos aquellos humanos seres que, por estar destinados a encontrarnos, aprendimos a conocernos y a querernos, correspóndeme el honroso privilegio de exponer, aunque sea a grandes rasgos, el espíritu, la significación y la finalidad de la Fiesta de la Raza, que hoy, con todo el mundo español, celebra Madrid.

Y habrán de servir mis primeras palabras para saludar fervorosamente al guía espiritual que quiera conducirnos diligentemente a través del mundo de las ideas a nosotros, ya que fuimos los primeros en conducir a los hombres a los más remotos confines del Mundo material.

A la Fiesta de la Raza—fiesta de amor, de cultura y de confraternidad universal—por significar el justísimo homenaje que debemos rendir a la gloriosa España del pasado y una afirmación de vínculos en el presente y para el porvenir entre todos cuantos pueblos se han formado con nuestra sangre, nuestro idioma, nuestras costumbres y nuestro constante esfuerzo civilizador y progresista, que no por desviado y desigual en cien tristes ocasiones, es por eso menos real, efectivo y fecundo en el curso del tiempo y de las cosas..... íntimamente unidos en espíritu españoles y americanos la deberemos dedicar nuestras mayores y más fervorosas devociones.

¿Por qué o qué otra cosa puede significar esta hermosa fiesta, sino el más entrañable vínculo de convivencia espiritual y económica?... Millones de seres humanos la vienen celebrando con la más entusiasta solidaridad desde que el Ayuntamiento de Madrid, al que por aquella época tenía el honor de pertenecer como Concejal, acogiendo la idea que tuve la honra de ofrecerle, la instituyó en solemne y memorable sesión.

La Fiesta de la Raza deberá tener, además de su sentido tradicional y romántico, una mayor y más positiva fuerza de intercambio intelectual, mercantil y hasta político-social que el que en la actualidad existe entre España y aquellos Estados, que se amamantaron al pecho de Castilla desde aquella esclarecida e inmortal fecha de 12 de octubre de 1492, en la hora luminosa y bendita en que Rodrigo de Triana, después de setenta y dos días de inquietudes y zozobras, desde su puesto de vigía de la carabela «Pinta» dió la voz de ¡tierra!..., que fué como un oasis para el bien templado espíritu de tan arriesgados y gloriosos navegantes.

Bien solemnes momentos aquellos en que la noble e hidalga España, de la que

eran sus embajadores la legión de intrépidos aventureros y heroicos navegantes, que, como a un vidente, a Colón siguieron en su empresa por la sugestión que de su fe irradiaba, supo escribir la más grandiosa página que registra la Historia de la Humanidad.

Y nada tan en lo cierto como lo dicho, porque es uno de nuestros más insignes historiadores de Indias el que nos dice: «No soñaron los poetas antiguos, no han visto las modernas generaciones, ni es probable que presencien las edades venideras una serie de heroicidades tan estupendas como las que hicieron nuestros mayores al emprender y realizar el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo». Y es López de Gomara, el que en carta dirigida al Emperador Carlos V, le decía: «Señor, la mayor cosa después de la creación del Mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias».

En cuanto a la importancia de esta fiesta, instituida con carácter de aniversario, no me cumple más que decir que todos los años y con mayor extensión, grandeza y magnificencia en los que se van sucediendo, el día 12 de octubre, fecha conmemorativa del descubrimiento de América, millones de seres humanos habrán de expresar a España, a la Madre Patria generosa que a esos pueblos de allende los mares los llevó, con la comunión de su idioma, las excelsas virtudes de su raza, el testimonio supremo de su admiración, de su cariño y de su respeto.

Conservar, pues, tan rico tesoro y ser a su vez los difusores en su máxima intensidad del hermoso lema del Dr. Sáenz Peña: «América para la Humanidad, de tan bellos ideales...» He aquí la doble misión de nuestra raza y lo que su fiesta significa.

Así es que, de hoy en adelante, el ideal hispanoamericano no será como hasta aquí fué una halagadora y risueña esperanza, sino ya una intensa y beneficiosa realidad, y aunque mi espíritu soñador, siempre optimista, venía presintiendo el triunfo de este ideal, no pudo jamás suponer que tan pronto comenzase a alborear en el firmamento de mis anhelos la aurora que le presagiara.

Pero, a los fines propuestos, se habrá de tener en cuenta que es a España a la que corresponde practicar en todas sus interpretaciones el estudio de las nacionalidades americanas. Estudios estos que deberían preocupar hondamente nuestras inquietudes espirituales, teniendo preferente atención en nuestras devociones, ya que nosotros somos con los Concilios de Toledo, con el Fuero Juzgo, con las Leyes de Indias y con las Municipalidades de Castilla y Aragón, los instituidores de las democráticas leyes que hoy en toda América se proclaman.

Por tanto, de la celebración de esta fiesta tienen que surgir ideas que, al cristalizar en hechos prácticos, proporcionen a nuestra magna empresa el éxito para ella ambicionado, que no es ni puede ser otro, que el de llegar a conseguir como una especie--valga la frase--de transfusión del intercambio intelectual y comercial.

Como que por el hecho de ser los presentes momentos de ejecución, todas nuestras aspiraciones habrán de ser concretadas en estos tres fundamentos enunciados: Intercambio cultural, intercambio comercial e intercambio político-social.

En torno, pues, de este grandioso programa, que españoles y americanos debemos dejar grabado en nuestros pensamientos, deberemos trabajar hasta que por

entero constituya una tangible realidad. Y con mayor motivo en la ocasión presente, verdaderamente propicia para ello por comenzar a alborear la aurora de la paz, supremo y venturoso momento que me obliga a insistir sobre la inexcusable obligación en que estamos de establecer la Confederación Hispanoamericana.

Porque instituída ésta, por concurrir en ella factores tan importantes como el de su extensión superficial, el de su importancia económica en el mundo de los negocios y el de su prepotente poderío en la acción político-internacional, si algún pueblo tratara de turbar la paz universal, siempre el que tal intento tuviere habría de tener muy en cuenta que era la raza hispánica la única que podría imponerse para que el trágico fantasma de la guerra no se alzara, consiguiendo dicha Confederación, para bien de la Humanidad, que en lo sucesivo las diferencias entre los distintos Estados, en vez de ser dirimidas en la forma cruenta de ahora, se solucionen bajo estos tres universales principios: Justicia, Derecho y Libertad.

En corroboración de lo expuesto me creo en el deber de expresar en clamores de noble sinceridad el acercamiento del peligro norteamericano, haciendo ver a los pueblos de Hispanoamérica lo que contra ellos tan cautelosamente se viene tramando, porque cosa harto sabida es, que desde hace unos cuantos años viene funcionando en los Estados Unidos un vastísimo departamento servido por numeroso y competente personal, denominado Oficina de las Repúblicas Americanas, departamento que tan solo está destinado, digan de él lo que quieran sus mantenedores, al más completo estudio, que les precisa tener realizado con el fin de establecer en el momento que consideren oportuno el por ellos hace ya bastante tiempo proyectado Ministerio de Colonias, considerando como tales, directa o indirectamente, a la mayor parte de las Repúblicas de la América española, poniendo en vigor por medio de tan hábil procedimiento, aunque de injusta y arbitraria manera, la doctrina de Monroe: «América para los americanos».

Poseen actualmente los Estados Unidos unos cien millones de habitantes, y según los cálculos de Mr. Carnegie en el año 2000 su población habrá de pasar de mil millones de habitantes, debiéndose a esta circunstancia, en primer término, las desmedidas ansias que refleja la referida nación por aumentar los confines de sus territorios, correspondiendo a la República de Méjico, por la situación geográfica que ocupa, el ser la primera en sentir los efectos de este criterio, hecho que está plenamente comprobado por el dato—que tengo por exacto—de que tenía Méjico al comenzar el siglo xix territorios que abarcaban una extensión de más de seis millones de kilómetros cuadrados, mientras que en la actualidad, su territorio, apenas si llega a alcanzar la cifra de dos millones de kilómetros cuadrados, territorio éste, que aún irá fatalmente achicándose, puesto que de una buena parte de él habrán de intentar apoderarse los Estados Unidos, a medida que lo vayan requiriendo sus necesidades e intereses.

La parte más grave de este complejo problema está, a mi juicio, en que el caso de Méjico, a mayor o menor distancia —nosotros podemos ser testigos de ello—, es el de toda la América española, a la cual no le quedará otro remedio que el de someterse, como ya lo hicieron Cuba y Puerto Rico, o el de resistir valerosamente, como lo hace Méjico, porque de no estar establecida dicha «Liga Confederativa Hispano-

americana», las Repúblicas más débiles irán fatalmente pasando al dominio de los Estados Unidos y sólo subsistirán independientes, aunque en apariencia, las más fuertes, que con el tiempo también tendrán que someterse.

Por tanto, para que la obra de confraternidad hispanoamericana ya iniciada con tan plausibles motivos no termine en estéril o negativa labor, será preciso que, aceptando las realidades del arduo problema del intercambio hispanoamericano en sus múltiples aspectos, empecemos tan magna empresa, puesto que el no acometerla constituiría una peligrosísima ofuscación nuestra, por la revisión de los pocos tratados de comercio vigentes, continuándola, pero después de haber practicado los estudios necesarios, aconsejando e impulsando, si es preciso, a nuestros Poderes públicos la firma de otros tratados de comercio que estén por completo en armonía con las necesidades comerciales de los tiempos modernos, o sea poniéndonos a tono con la intensa y bien orientada obra de penetración mercantil que vienen realizando las más importantes naciones; mas convendría que antes se acometiera, pero con seguridad y acierto, la necesaria reorganización de nuestros servicios diplomáticos y consulares de América, labor que habrá de ser comenzada borrando la falsa leyenda que hoy entre esos funcionarios existe de creer que van al Continente Americano en cierto modo, como postergados en sus respectivas carreras.

Otro punto, que en el desenvolvimiento de nuestro fundamental programa es también digno de ser tenido en cuenta, es el de que hoy España con sus hijas de América, más que comprenderse, lo que necesitan es vencerse a sí mismas.

Porque tan sólo así, con el firme propósito de sernos útiles, de sernos, si se quiere, mutuamente indispensables, es como llegaremos a hacer efectiva la realización de nuestros bien justos anhelos.

Para todo esto debe servirnos la glorificación de la empresa de Colón, plasmada en la Fiesta de la Raza: para hacernos abrir los ojos en bien de nuestros mutuos intereses, para pasarnos al oído la contraseña sagrada que sirva para unirnos estrechamente en provecho de nuestras necesidades comunes, ofreciendo a la Humanidad el vigoroso ejemplo de una madre que defiende los derechos de sus hijos y de unos hijos que se agrupan en torno de ella para enaltecer ese bello hogar, de tan transcendental importancia en los destinos del Mundo que se llama Hispanoamérica.

Yo aspiro a la creación de la Liga «Confederativa Hispanoamericana» para que su actuación responda a fines pacifistas; porque las garantías de la paz perpetua por todos los pueblos anhelada, hay que buscarlas, como con tanto acierto y oportunidad nos ha dicho el Sr. Argente no en combinaciones artificiosas, sino en una solidaridad de intereses que haga a la mayoría de los hombres *dueños de pueblos* rechazar la guerra por dañosa para ellos.

Están, pues, en la conveniencia mutua y evidente no en la razón ni en los convenios las garantías de la paz, siendo la realidad de los hechos la que a cada paso confirma la interpretación económica de la Historia.

Y es D. Joaquín Costa, el insigne polígrafo, el que nos dejó dicho, que la epopeya española del descubrimiento de América, constituye la apoteosis del deber y un himno a la justicia, que hace del derecho una religión. De todo lo que es encar-

nación el Cid, símbolo de nuestra poesía popular nacional y representación sintética de nuestra raza.

Y añadió el cultísimo pensador: «La Humanidad terrestre necesita una raza española, grande y poderosa, contrapuesta a la raza anglosajona para establecer el equilibrio moral en el juego infinito de la Historia, y no correspondería a la grandeza de la habitación terráquea la grandeza del inquilino hombre, si al lado del Sancho británico no se irguiese puro, luminoso, soñador, el Quijote español, llenando el mundo con sus locuras, afirmando a través de los siglos la utopía de la Edad de Oro y manteniendo perenne aquí abajo esa caballería espiritual que cree en algo, que siente por algo y que se sacrifica por algo, y con esta pasión, y con esta fe, y con ese sacrificio que hace que la tierra sea más que una factoría, que un mercado donde se compra y se vende».

Y es Reclús, cuyo valioso testimonio no podrá ser tildado de parcialidad, el que nos dice: «Ya no posee España aquellos dominios inmensos *donde no se ponía el sol*; pero su antiguo imperio sigue siendo español por el lenguaje, español por el carácter de sus habitantes, sufridos, enérgicos, sobrios, altivos, grandilocuentes, magnánimos, patriotas, con todo el conjunto de las raras cualidades que abarca la palabra castellana *caballerosidad*».

No puede ya caber duda después de lo expuesto, creo yo, que por igual, españoles y americanos, deberemos contribuir al fomento y enaltecimiento de la raza española, y no por el temor del pretendido peligro panamericanismo (que no lo es en el fondo por existir un amplio campo de posibilidades para civilizaciones de tipo propio, que no pueden ni deben ser excluidas), sino por la misión civilizadora que el mundo nos tiene reservada y respecto de la cual tantas y tan relevantes demostraciones podríamos ofrecer.

Como que la América española al independizarse se vanagloriaba de poseer más intensa cultura que la Metrópoli, dato muy curioso que responde al hecho de que en el reinado de Carlos III, con una población de diez y seis millones de habitantes, poseía 11 Universidades, 56 Institutos o Colegios de estudios superiores, varios Seminarios y un gran número de Centros culturales.

La Historia de la colonización española en América, nos demuestra plenamente que si pudo haber, como hubo errores de conducta, los aventajaron las empresas de holandeses, franceses, ingleses y alemanes, para sojuzgar el territorio de Venezuela.

Además, como hecho irrefutable, habré de exponer que el espíritu de la Metrópoli fué siempre favorable a la acción humanitaria de la obra colonizadora, pudiendo ofrecer, como ejemplo de ello la Casa de contratación de Sevilla, creada por la Ordenación de los Reyes Católicos, dictada en Alcalá de Henares en 20 de enero de 1503. Según la gran Cédula de 14 de septiembre de 1519, dada en Barcelona, se dispuso que uno de los jueces de la Cámara de Comercio ejerciera por turno su oficio en Cádiz. En 1535 se estableció un juzgado especial en este puerto. Don Carlos y su madre la reina doña Juana, habían abierto en la contratación de las Indias, desde el mes de enero de 1529 los puertos de La Coruña y Bayona, en Galicia; de Avilés, en Asturias; de Laredo, en la Montaña y sus encartaciones; de

Bilbao en Vizcaya, de San Sebastián en Guipúzcoa, de Cartagena en Murcia y de Málaga en Granada.

Otro testimonio que también he de citar es el de Prescott, el cual nos dice que el Gobierno español, lejos de considerar sus colonias como una adquisición extranjera que debía sacrificarse a la Madre Patria, las miraba como parte integrante del reino, a cuyos fines fueron concedidos privilegios a cuantos fueron a poblar y cultivar las tierras del Nuevo Mundo. Se les permitió que nombraran con entera libertad sus magistrados, así como que constituyeran sus respectivos Ayuntamientos, que gozaban de completa independencia administrativa, implantando en ellos los fueros y costumbres de las regiones de donde eran oriundos los colonizadores, correspondiendo a éstos el honor de haber puesto en práctica aquella virtud asimiladora, heredada de los romanos, que los sirvió para conservar constantemente y con la más exacta fidelidad la institución romana del Municipio.

Y son las Cartas-pueblas, los privilegios y franquicias que los Reyes de Castilla y Aragón concedieron a las Corporaciones municipales durante la Edad Media, las que dieron motivo a memorables proezas en el campo de las armas y en el de la actividad industrial, fundiéndose en el más amplio sentido de la palabra, con el espíritu, siempre altivo, de nuestro pueblo, los de dignidad y altruista amor a las libertades públicas, al extremo de que si nuestros insignes juristas eran paladines esforzados de éstas, nuestros artesanos avenfanse tan admirablemente con sus privilegios, como los magnates con los correspondientes a su elevada alcurnia. Y así, como en la Roma del imperio y de la república, el valor estaba considerado como una excelsa virtud. También acude a mi memoria en estos instantes el recuerdo de aquel hermoso precepto de la recopilación de las Leyes de Indias, que prohibía terminantemente que las madres indias pudieran ser obligadas a alimentar con sus pechos a otros hijos que los suyos propios.

Pero, además, el que anhele pruebas que corroboren lo que llevo expuesto, que consulte las *Cartas de relación* que fueron dirigidas por Cortés al Emperador Carlos V; *La Verdadera Historia de la Conquista de Nueva España*, obra de Bernal Díaz del Castillo, que está considerada como uno de los más meritorios y relevantes trabajos de su índole, y respecto del que, según palabras del ilustre filósofo e historiador escocés Robertson, es un libro único e imparagonable que no posee literatura alguna; así como *La verdadera relación de la Conquista del Perú*, por Francisco de Jerez; y *Los Naufragios y Comentarios*, del Adelantado Alvarez Núñez Cabeza de Vaca.

Es del recto y desapasionado juicio del ilustre argentino D. Vicente G. de Quesada, el siguiente párrafo: «Es indiscutible que la conquista española no exterminó las poblaciones indias, las cuales sufrieron, es verdad, la suerte de los pueblos vencidos; mas por el contrario, acto de justicia es reconocerlo así, la legislación colonial les fué benévola y tendió a civilizarlos y conservarlos».

Y es otro no menos insigne escritor mejicano el que se expresa así: «Los medios y arbitrios que el Gobierno español se valió para llevar a cabo esta Colonia al grado de poderío, esplendor y arreglo a que no llegó ninguna otra en América, fueron tales, que podemos decir al Gobierno y al Congreso general: Si queréis

tener hacienda copiosa, arreglad en seguida las huellas que dejaron vuestros mayores».

Pero es que aún hay algo más, mucho más, y que en gracia a la heredad había de omitir, porque esta magna, imperecedera e imparangonable labor civilizadora que en el Nuevo Mundo España con sus hombres realizó, es empresa que fué acrisolada, enaltecida y hasta santificada, al fundirnos, caso sin precedentes en los anales de la Historia, con el indígena, para crear la ínclita raza hispanoamericana..... ¿En dónde está ese otro pueblo colonizador, cual el español, que haya querido fundir en un mismo crisol su sangre fecunda con la del colonizado?

Con claridad meridiana nos revelan los hechos expuestos que hoy en todos los pueblos de la progresiva América española, existe el deseo perenne de compenetración con la estructura idealógica, cultural y mercantil de España.

Ved, pues, si no es verdaderamente interesante y digno de atención el momento actual, que, sin duda alguna, ha de ser para nuestra amada Patria como la más alta recompensa otorgada a su gigantesca e incomparable epopeya, a su fecunda labor civilizadora.....

Porque es que habremos de tener muy en cuenta que en esa proyectada Confederación de veinte pueblos que con efusivo y entusiasta cariño y diligente solicitud abren al horizonte de España nuevas tierras de promisión, el resurgimiento quizás de un pasado de esplendor y de gloria, son veinte vigorosos brazos que anhelantes de recíprocos afectos, se abren a ella con toda la juvenil pujanza de su engrandecimiento económico.

Veinte Estados de vastísimos territorios y riquísimos productos, con más de cien millones de habitantes, brotes de nuestra raza que hablan la hermosa lengua que el divino y esclarecido genio de Cervantes supo glorificar y enaltecer.

Con ellos, unidos por indisolubles vínculos, con una perfecta connaturalización de costumbres, en paternal convivencia y como legítimos representantes de la mentalidad y de la acción española, moran cerca de cinco millones de compatriotas nuestros que la corriente emigratoria puso bajo la noble y hospitalaria tutela de tan fértiles tierras de aventura.

Son veinte naciones, hoy florecientes, porque mediante el supremo esfuerzo de sus hijos lograron ganar las cumbres de la cultura y de la civilización.

Orgullo nuestro y orgullo de los que ufanos siguen llamándose hijos de la Madre España. Pruebas leales, sinceras y entusiastas de sus fervorosos amores hacia nosotros, que yo he tenido la honra de apreciar en el transcurso de una excursión que, llevado por los ensueños de mi alma viajera, tuve la dicha de realizar por algunos de esos sugestivos y fecundos países, que, al visitarlos, nos obligan a repetir las hermosas palabras del salmista: *Possuit prodigia super terram*. (Ha hecho Dios cosas prodigiosas sobre la tierra).

Desde entonces América, al entrever que tenía con España una gran deuda, como que era la deuda de la vida, volviendo a ella su pecho ardiente, en filial homenaje y con cariño sincero y corazón abierto, supo ofrecer al Viejo Mundo todas sus infinitas riquezas.

Oro y plata de ponderada ley, así como valiosísimas piedras preciosas y perlas

de finísimo oriente, todo ello en cantidad tan extraordinaria como para poder decir: He saciado tu sed de oro, tus ansias de riqueza, pero con tanta prodigalidad como jamás habrías podido imaginar.

Con la patata y el maíz, cuyos cultivos fueron intensamente propagados por los campos de Europa y Asia, yo supe saciar el hambre que ya se adueñaba de ti.

A mí se debe el que miles de braceros hallaran trabajo espléndidamente remunerado en el cultivo y elaboración del tabaco, mientras otros muchos dedicaban sus actividades y afanes al cultivo y a la exportación del cacao, del café, de la canela, del mate, de la coca y de las ananás, así como el de otras ricas plantas medicinales, como la quinina, la copaiba, la ipecacuana, la cuasia, la sasafrás, la zarzaparrilla, y al de vegetales tan reproductivos, como el caucho e insecto tan apreciado de la espléndida fauna americana como la cochinilla.

También supe cambiar tu vida, Viejo Mundo, porque nuevos y más amplios horizontes se abrieron al tráfico comercial, con más dilatados campos para la acción humana en sus múltiples aspectos, viéndose convertidos, como por arte de encantamiento, los toscos y frágiles bajeles de los siglos xiv y xv, juguetes que eran de las encrespadas olas, en modernos buques de gran porte. Y convertirlas en anchas carreteras casi sin desniveles, inspirándose en los trazados de sistemas de las construídas por los incas mejicanos, tus primitivos y quebrados senderos.

Yo, el Nuevo Mundo, es el que puedo y debo vanagloriarme de haber sido la entraña fecunda del tráfico incesante, febril y avasallador hoy existente, que es el que nos ha impuesto para dar plena satisfacción a sus imperiosas necesidades; el trazado de los ferrocarriles, la construcción de canales interiores, el hacer posible la navegación de muchos ríos por medio de esclusas, tramos y desniveles, así como la realización de obras tan gigantescas como la apertura de los istmos de Suez y Panamá, y robando a los mares terrenos de su pertenencia, la creación de puertos cómodos, seguros y con un suficiente calado para que a sus muelles puedan atracar esas colosales naves, producto de la ingeniería moderna, de 50.000 toneladas de desplazamiento y 30 millas de navegar a la hora.

Y es también a mí a quien se debe la evolución en los servicios de correos, porque supe crear, entre otros muchos signos de progreso, la hoja volandera del periódico.

Por América, el vapor, el telégrafo, el teléfono, el gramófono y tantos otros más asombrosos inventos.

Por mí, por mi buen viejo Tenochitlan, del imperio inca, los parques botánicos y zoológicos, los Museos de Historia Natural y de Bellas Artes, en cuyos respectivos recintos los hombres pueden saciar sus nobles y bien justas ansias de sabiduría y de recreo espiritual, manantial fecundo, además de creadores deleites.

Yo, país de ensueño y de aventura, supe ofrecer también ancho campo a la acción de la mentalidad de los que a mi inexplorado solar acudieron, encontrando en él, con aquella paz que soñaron, la casa solariega de sus mayores, pero sin odios de religión, de raza o de clases. Y así, practicando el apostolado de paz y de trabajo, fué rápidamente fecundado mi remoto suelo, alumbrador de un nuevo imperio, en el que los espíritus de empresa y de actividad pletóricos de medios, consi-

guieron alcanzar triunfos que más bien parecieron producto de la fantasía que de la realidad de los hechos.

Hoy la agricultura, el comercio, la industria, la minería y los transportes en mi continente, así como la cultura, han superado en intensidad y en beneficios los límites previstos por los más exagerados cálculos.

Yo, nueva tierra de promisión, concebí esos maravillosos inventos que más bien parecen obra de dioses que de hombres, y hasta podría decir que los di vida y hasta alas para extenderse por el mundo, ofreciendo con ellos a la civilización las pruebas de mi asombrosa fecundidad imaginativa...

¡Oh Mundo antiguo! En muchas de tus obras me superastes, y por ello te respeto, admiro y venero, pero en otras, en noble y honrosa lucha, competí contigo.

¿Y quién sabe si por noble emulación estaré predestinado con España al frente, como gloriosa divisa histórica para elevar a la Humanidad a la cumbre del progreso?

¡Porque quién se atreverá a negar que no sean las ínclitas razas ubérrimas, sangre de la Hispania fecunda, a las que corresponde por decreto providencial, el completar su grandiosa epopeya del descubrimiento de América y mediante la brújula, la abnegación, el heroísmo y la videncia de un nuevo y genial Colón, marcar la verdadera ruta a seguir por la Humanidad para arribar victoriosos a las apacibles y serenas playas de la libertad, de la justicia y del derecho...!

Hilario Crespo



CANTO A ESPAÑA

Poesía de D. Demetrio Korsi
(panameño)

I

¡Heroica España!... En luminoso día
Al mar lanzó sus triunfadoras velas
A despertar el porvenir fecundo,
Y con noble y bizarra gallardía
Sólo necesitó tres carabelas
Para buscar, para encontrar un mundo!

Cuando el alucinado Navegante
—Dolido el corazón, triste el semblante—
Miró empañarse la visión ardiente
De la proeza que su afán soñaba,
Le pareció que el Hado le alejaba
El borroso perfil de un Continente...

Entonces, España le tendió la mano
Y con orgullo y sin igual pujanza
Le dijo al gran Descubridor:—¡Hermano,
Ten fe en el porvenir; ten esperanza!

España remedaba al Cid grandioso
Que estrechaba en su fiel diestra de amigo,
—Zafado el guantelete de coloso—
La mano proletaria del mendigo...

Al genio de Colón, sólo fué España
Unica al comprenderlo en su heroísmo,
Capaz de darle sangre de su entraña
Y de ofrecerle apoyo soberano
Para que, hendiendo el tumultuoso Océano,
Le arrebatara al seno del abismo
El misterio del Mundo Americano!

¡Tierra de la ambición! porque en su imperio
Nunca la diurna lumbre se extinguía,
Pues al no iluminarle un hemisferio,
En el otro, su sol amanecía...

Y, águila colosal sobre su mente,
Avizoraba que, en la lejanía,
Ningún confin como los suyos grandes,
Circunscritos al cóncavo horizonte,
En luz bañados o en neblina fría,
Desde las dunas pálidas de Flandes
Hasta la soledad de la Oceanía...!

II

Su historia en mare magnum de grandezas,
De prodigios, catástrofes y espantos,
Vértigos, desconsueltos y ternezas,
Heroísmos y cóleras y llantos.

Trepida el suelo cuando el Cid asoma,
Paladín inmortal en su Babieca,
Retando a Francia y provocando a Roma,
Mientras que la Leyenda, en fina rueca,
Urde el tapiz genial del Romancero
De oro y de lis y bronce irresistible,
En donde tanto ilustre caballero
Junta a su nombre, el nombre de invencible!

Y el nieto de Mahomed, cual furia loca,
Avanza, conquistando el Universo;
Lleva el hereje, en ímpetu perverso,
Apretado su alfanje entre la boca;
Tributo impone al orbe cual vasallo
Y del mundo torcer quiere el destino,
Y es, galopando sobre su caballo,
Personificación de un torbellino!

Pero ¡ay! su valentía fué ligera,
Su empuje vano, su pujanza exigua.
Puesto que, ansiosa de la lid, le espera
La España del valor, la España antigua.

La Raza heroica que juzgó en desmayo
Se alista rauda, y doma su osadía,
Y lo fulmina con guerrero rayo.
Huye el moro, rebelde en su agonía,
Pero retorna con bestial bravura,
Feroz cual antes, como nunca fuerte,
Y reta con satánica pavora
A España, desde el mar, a duelo a muerte!

Y la hispánica flota al moro asesta
Derrota sin igual en el mar ronco,
Cual la chispa del cielo en la floresta
Raja la encina de longevo tronco;
Y, entre recio fragor de épico espanto,
El africano doblegó la testa
En las gloriosas aguas de Lepanto

Y, vino el año enorme, el año horrendo
En que el hijo de Marte y la Victoria
Invade a España, con rugiente estruendo
De ejércitos, clarines y cañones.
Ciñe su frente el lauro de la Gloria.
Se humillan a sus plantas las naciones;
Deshace imperios, improvisa reyes;
Sus pasos siguen las humanas greyes;
Cruza bajo el turbión de las metralas,
Y el Corso emperador, titán de Europa,
Parece el semidiós de las batallas
Entre el furor de su invencible tropa...

Y España reta al colosal caudillo,
Exclamando: — ¡ Ante ti, que se arroddille
El que, vencido y sin honor, se humille:
Tu sierva no seré; yo no me humillo!

Cada hombre un campeón; cada montaña
Teatro de combate; cada villa
Fatal osario de la gente extraña...!
¡ De sangre, rojo Atlántico es Castilla...!
Y, en el sitio cruel de Zaragoza,
Héroes son en la pérfida campaña:
La ilustre dama, la plebeya moza,
El rebelde y astuto cabecilla,
Y el tembloroso y macilento anciano,
Y el niño refugiado en la buhardilla
Que muere con el rifle entre la mano...!

Y la brava Península (¿es un sueño?)
Rechaza al fin las huestes extranjeras
Y el gran Napoleón, del mundo dueño,
Mira en Bailén rasgadas sus banderas.

¡Ah! qué hermoso pretérito que ofrece
La Madre Patria, cuna de la lengua,
Porque el perfecto honor no tuvo mengua
En la tierra del Rey Alfonso XIII.

III

Cayó de Grecia el fúlgido lucero
Y rodó al jonio mar, trémulo y solo:
Del Olimpo sin dioses, huyó Apolo,
Y con sus cuencas yertas... lloró Homero!

Y en barro y polvo vil yace deshecho
El templo de blancuras hiperbóreas,
Resto ilustre de cien generaciones;
Y la tierra glacial fué el tosco lecho
Que encontraron, ruinosas, las marmóreas
Columnas de los viejos Partenones.

¡Roma se hundió también!... Roma imperante,
Arropada en su clámide gigante.
¡Y en su inmensa vorágine, los siglos
Apagaron sus gritos de bacante
Y el rugido bestial de sus vestiglos!

¡Roma y Grecia cayeron!... Su apogeo
No legó de su inmenso poderío
Sino el resto espectral del Coliseo,
Por las garras del Tiempo destrozado;
Y, de la historia entre el osario frío,
Mármoles esparcidos cual trofeo
Del que fué un día el Partenón sagrado!

¡Pero tú, heroica España, no has caído...!
Tu firme estirpe se levanta austera,
¡Y antes que te sepulte el negro olvido...
Se detendrá hasta el Sol en su carrera!

Tu porvenir se extiende, amplio y risueño,
Como horizonte mágico y fecundo,
Para todo Colón que tiene un sueño,
Para todo Colón que busca un mundo...!

IV

¡La América te aclama, Madre España!
¡La América genial, que piensa y siente,
La que aprende a soñar en la montaña,
La que aprende a cantar con el torrente;
La de un millón de pájaros cantores;
La de cien invencibles Capitanes;
La que de noche alumbran los fulgores
Que irradian como incendios los volcanes;

La América nerviosa de lirismos
Que en las tibias y gratas primaveras
Salpica de arcos-iris los abismos
Sobre una rebelión de torrenteras;
La América entusiasta que entroniza
La ciencia sobre pérfidos eriales
Y a la que exactamente simboliza
El orgullo imperial de los quetzales;
La América que guarda hiel y acíbar
Para el fenicio en el comercio ducho,
La América de Sucre y de Bolívar,
Y Junín, Carabobo y Ayacucho;
La del fuerte Rodó, Montalvo y Cuervo,
Y Olmedo dúctil y Mirón bravío,
La de Chocano y la de Amado Nervo
Y Julio Flórez y Rubén Darío!

La América te envía un recio abrazo
Y escribe tu epopeya sobre el cielo
Con su pluma más grande: ¡el Chimborazo!;
Y al saludarte en su laurel en rama
Sus cien himnos te canta, en hondo anhelo,
Con su lira más honda: ¡el Tequendama!...

Y si sus dones la fortuna agota
Y hace que en su confín tu astro sucumba,
No caerás como cayó el ilota
Sin una cruz para indicar su tumba,

Pues, como el ave-fénix de la guerra,
De la gloria, el amor y las hazañas,
Renacerás de América en la tierra,
No una vez sola... ¡sino en veinte Españas!